

# Mi hermano y yo

Isabel-Clara Simó



Algar joven

El valor de vivir en libertad

## I

Cuando lo vi entrar en mi habitación, sin haber llamado a la puerta, como le había enseñado mil veces, y lo había amenazado, y si no le había pegado es porque él tiene más fuerza que yo; pues eso, cuando lo vi entrar, con sus ojos rasgados abiertos de miedo, no me pude enfadar. Algo gordo pasaba. Venga, Pol, dime qué has hecho. Ya sabes que yo te ayudaré. Pobrecito. (Está prohibido decirle pobrecito, pero en aquel momento en que yo me quitaba de las orejas el iPod y reconocía la angustia en sus ojos achinados, pensé: «Mira tú, pobrecito; yo te ayudaré, Pol, no te preocupes».)

—¿Qué has hecho?

Quería decírselo con dulzura, pero me salió como un rapapolvo.

—Mertedes.

Solo dijo «Mertedes». Y se quedó callado. Lo sabe decir, «Mercedes», e incluso «Merche», que odio a muerte, y que es como me llaman los tíos de Albaida. Pero él a menudo me llama «Mertedes».

Supongo que la primera vez que lo dijo hizo reír a todo el mundo y él se reiría con aquellos resoplidos que le salen, como cuando imitas los rebuznos de un asno, y se quedaría tan contento de sí mismo. Es difícil tener éxito cuando te haces mayor, ¿eh, Pol? De pequeño, todo son fiestas. Pero pasa. Pasa en un santiamén.

–Venga. ¿Qué has hecho?

Silencio.

–Si no me lo dices, no te podré ayudar, Pol. A mí me lo puedes decir todo (¿cómo puedes ser tan malvada, Mercedes? ¿Cómo puedes engañarlo de esta manera? «A mí me lo puedes decir todo»). Sabes bien que lo has traicionado muchas veces. Que tú sola no puedes aguantar siempre sus aterrorizadas confesiones).

–Mertedes.

Y entonces levantó la mano. Jesús. Tenía la mano cubierta de un líquido pegajoso y espeso que le bajaba por el codo. Solo tengo doce años, animal, salvaje, burro, ¿qué me estás enseñando?

–Solo quería saber de qué estaba hecho.

–Pero ¿de qué hablas?

Jesús. Creo que eso no es semen. Es verdoso, y el semen es blanco. ¡No quiero hacerme mayor tan aprisa, puñeta! Quiero tener la edad que tengo.

Y que mis problemas sean justificar unos novillos, copiar un poco sin levantar sospechas, ver si me crecen los pechos a la misma velocidad que a Paula –¡qué guapa que es! ¡La estrangularía!–, comerme todo el plato de la cena y llegar a la pantalla treinta del Pokemon. Jesús. Pol me matará. Lo hará de buena fe y poco a poco, pero me matará.

–Ha empezado a «sarir» líquido.

–Salir.

–A salir líquido.

Si yo fuese de misa, como el tío de Albaida, ahora sería el momento de rezar una oración. Las oraciones no sirven para nada, pero cuando rezas parece que ya has hecho todo lo que podías. Que se te han acabado las obligaciones.

–¿De dónde ha salido líquido, Pol? (Dilo sin gritar, Mercedes. No lo asustes. Y dale tiempo.)

–Creía que era como tu muñeca, la que hace pipí.

Ahora me he perdido. Me levanto, dejo el libro que leía, lo cojo de la mano, la que tiene seca, y hago que se siente. Empiezo a acariciarle el brazo. (Cuando se ponga nervioso, hacedle caricias. El contacto de la piel humana tranquiliza. Y habladle siempre sin gritar –y a mí, ¿quién me tranquiliza?–.

–Explícamelo todo, Pol.

–El ordenador.

–¿Cuál?

–El de papá.

Mira, si llega a ser el de mamá, como no utiliza nunca, fuera lo que fuera lo que había hecho Pol, teníamos tiempo.

–¿El portátil? (Pregunta retórica, Mercedes: papá sólo tiene uno, y es portátil).

–Chi.

–Di «sí».

–Chi.

–No, Pol, di «sí».

Y entonces empieza a llorar. Le caen unos lagrimones, que no se seca, y mira hacia la ventana. Si no lo quisiera tanto, en ese momento hubiera empezado a quererlo. (No le consintáis: si hace algo mal hecho, lo debe saber.)

–El líquido de dentro.

Jesús. ¿Qué le había hecho a la pantalla de plasma?

–¿Cómo has hecho para que saliese?

–Sólo le he hecho un cortecito con la cuchilla de afeitar.

(¿Cuchilla de afeitar? Pol no tiene ninguna. Le miro la mano y toco el líquido. Jesús: no he tocado nunca plasma, pero eso es plasma.)

—¿De dónde has sacado la cuchilla, Pol?

—No lo sé.

Lo dejo en mi habitación, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, y me voy al despacho de papá. Es una habitación solemne, con cortinas de terciopelo rojo y la madera de la mesa claveteada con clavos enormes. El ordenador está cerrado, sobre la mesa. ¿Y si lo ha soñado? Una vez pasó. Cuesta abrir: el plasma se pega en el teclado. El destrozo es tan total, tan bestia, tan espeluznante que duele a los ojos. Jesús, ¿y ahora qué hago? ¿Ostras, solo tengo doce años! ¿Cuántas veces tengo que decir que yo no puedo con todo? Porque Pol parece que solo me tiene a mí. Venga, Mercedes, haz algo. Tienes que tener una idea *salvadora*. Una *buena* idea. Cojo el ordenador y me lo llevo a mi habitación. Lo meto dentro del armario. Si no ves el cadáver, parece que no hay crimen, ¿verdad? Pol ha dejado de llorar y me mira. Lo oigo respirar aliviado (hace un ruidito cuando respira, porque tiene un poco de asma, y por eso ronca cuando duerme, pero parece que no tiene importancia), como si esconder el ordenador fuera la solución. Lo que es seguro es que mi armario es más simpático que la mesa de papá.

—Pol, cariño, ahora escúchame bien: tenemos que decírselo a papá. Es necesario, ¿sabes? Pero no

te preocupes, que lo haré yo. Tú te estás quieto en tu habitación, sin salir por nada del mundo, hasta que yo te llame. Escúchame bien: no salgas por nada del mundo. No hagas como cuando rompiste la puerta de la nevera.

—¡Yo no fui!

—Ahora eso da lo mismo: la había roto mamá, y se le olvidó decírnoslo, y cuando tú la abriste se te cayó la puerta al suelo. Es cierto: no fue culpa tuya, pero *no* debiste pisotearla y subirte encima y decir que habías escalado el Everest. Ahora no importa. Pero tenemos un problema *nuevo*. Tienes que estar quieto en la habitación, hasta que yo te llame. ¿Lo has entendido?

—¿Cuánto tiempo?

—*Todo* lo que haga falta. Ahora dime que lo has entendido.

—¿Y qué dirá papá?

—Papá se enfadará. Pero no te hará nada.

—¿Gritará?

(Siempre grita.)

—Intentaré que no grite. Y si lo hace, que me chille a mí.

Pol baja la cabeza pensativo. Cuando piensa se le enrojecen las sienes y se le hinchan un poco las venas. Le da vergüenza decir lo que dice:

–Gracias.

–Venga, píratela.

Jesús. Papá me matará a mí. Y después matará a Pol. Saldremos en los periódicos.

A ver: tengo ochenta y un euros ahorrados. Si se los entrego a papá, dirá que si no sé lo que vale un ordenador. Sí que lo sé, pero no tengo más dinero. Y los necesito para la función. Si no te pagas el disfraz, no actúas, lo dijo muy claro Celeste. Y si no actúo, me moriré. Me sé *todos* los papeles de tía (casi todos: el de criada no hay forma). Hoy es día de difuntos: o me matan o me muero. Jesús.

Papá llega cada día a las siete, poco más o menos. Pero cuando oigo la puerta solo son las seis y media. Apenas tengo tiempo de pensar. Mira, papá, ya sabes que Pol no tiene mala intención... Fatal: se enfadará antes de saber qué ha pasado. Mira, papá, ha sido un accidente... Peor: se alarmará. ¿Sabes papá que los ordenadores quedan desfasados antes de un año? Horrible: me echará la bronca y me matará igualmente.

¿Cómo es que mamá no sirve para nada? ¿Cómo es que nunca puedes contar con ella? ¡Yo solo tengo doce años, puñeta!



La cosa fue tan mal como tenía que ir: papá se enfadó, me dijo que la culpa era mía (exactamente esto: la culpa es tuya porque siempre lo encubres, ¿alguien le ve la lógica?); me dijo que yo ya sé que lo debía castigar; que me metiese en el culo mis cochinos ochenta y un euros (hala, padre, ¡qué lenguaje para una hija que *solo* tiene doce años!); le echó la bronca a Pol a través de la puerta; le dio un puntapié a una inofensiva silla y discutió con mamá que estaba poniéndose una mascarilla de pepino y no podía replicar bajo pena de que se le marcaran arrugas. Pero lo peor fue cuando saqué el ordenador del armario y lo abrí. Dolía en el alma con sólo mirarlo. Y eso que casi no quedaba plasma. Incluso parecía que el pobre ordenador se quejara. Como si estuviera herido y derramase su sangre verde de máquina. Pol estaba en el umbral, porque papá le había ordenado que saliera, y lloraba intentando no bramar, como le han dicho siempre que debe hacer, pero en vano.

Te quedas muy cansado, cuando te dicen de todo. Las tragedias cansan. Por eso me gusta tanto la comedia. Por suerte, no le pegó (lo ha hecho otras veces, aunque no lo reconoce nunca). Y mamá, cuando se limpió la crema de pepino, iba diciendo: «Sixto, quédate el mío, si quieres, pero,

hombre, no te lo cojas así que te dará algo» (lo que acabó de sulfurar: siempre me he preguntado por qué mamá tiene tan poco sentido de la oportunidad; ¿no dicen que las mujeres somos listas y rápidas? ¿O cuando pasas de los doce has agotado las reservas?). Al final todos fuimos personalmente insultados, humillados y avergonzados. Yo lo sé encajar, pero Pol daba pena.

—Se quedará en la escuela media hora más cada día. Y se lo tendrá que pagar de su bolsillo.

¿Pero somos idiotas o qué? Primero, Pol no va a la escuela, sino al taller; segundo, en el taller *nadie* se puede quedar media hora más; tercero, Pol no tiene dinero, ni un céntimo (lo que gana en el taller lo administra mamá en su totalidad); y cuarto, a él le encanta el taller. Si se pudiese quedar media hora más, se pelearía con todos nosotros por quedarse.

La única persona que hizo algo útil, como siempre, fui yo: le requisé la cuchilla, le eché un sermón sobre horribles heridas que se hubiera podido hacer y lo castigué con un dictado muy largo.

—Estoy cansado —lo dijo recostando la cabeza sobre la palma de la mano (prohibidísimo) cuando hacía exactamente cinco minutos que le había empezado a dictar—.

—Pues te aguantas.

–Papá ha dicho que me quede en la escuela. Media hora. No ha dicho nada de un dictado.

–Yo he decidido que hagas un dictado.

–Tú no mandas de mí. Solo tienes doce años. Jesús.

–Pero yo no he destripado un pobre ordenador que no te había hecho nada.

Silencio.

–Mertedes.

–Qué.

–Cuéntame el chiste.

–Cuando acabemos el dictado.

–No, ahora.

–Bueno, vale: eso era un caracol que araña.

Se echó a reír dando resoplidos de asno. Se le cayó saliva encima del dictado y al final yo también acabé riéndome. De hecho el chiste es: «Eso era un caracol que derrapa», pero él lo contó diciendo «araña», y como me reí como una tonta, ahora es nuestro chiste.

Esperanza está enferma y ha telefoneado diciendo que no vendrá hasta el próximo lunes. Esperanza es la mujer que lleva a Pol al taller, va a recogerlo, le da la merienda y lo entretiene hasta que llego

yo de la escuela. Cuando yo llego, me encierro a cal y canto en la habitación, porque, si no, no me quitaría a Pol de encima en toda la tarde; pero si estoy yo, aunque me encierre por dentro, parece que Pol ya puede jugar con cuchillos o beber el agua del váter, o mejor aún envenenarse echando un buen trago de lejía (Pol *no* haría nunca ninguna de estas cosas, pero si no exageras, no te hacen caso; si exageras, *tampoco*). Da lo mismo. Entonces mamá deja caer una de sus sentencias, que un día coleccionaré y me darán dinero a puñados en la feria de los chistes de Gerona:

—Si se declarase fuego, yo estoy tranquila sabiendo que tú estás en casa.

Aún no he averiguado si en el fondo quiere decir que, si se prendiese fuego, se libraría de los dos hijos de una vez, o si cree que yo soy experta en apagar fuegos. Que yo tenga doce años y que no disponga de manguera de bomberos no perturba su tranquilidad. Jesús: tengo que estudiar genética, porque no sé a quién he salido.

Pese a mis precauciones, Esperanza (que es más lista que el hambre, porque yo entro como un ladrón, a hurtadillas, a lo mejor tiene radar biológico, como los murciélagos), en cuanto entro en casa de puntillas, se la pira. Da lo mismo que me

ponga a estudiar, a escuchar música o a ensayar la obra (ahora he empezado con los papeles de tío, por si acaso), que al cabo de unos dos minutos (un día fueron tres, todavía lo recuerdo con nostalgia), Pol llama a la puerta.

–Mertedes.

Un día le eché un sermón a mamá: que *ella* también debía cuidar de Pol, que yo sé que sale del trabajo a las cinco, que si no viene hasta las siete o más tarde aún es por escaquearse, y que *yo* tengo que estudiar. Me miró como si la estuviese ofendiendo e hizo ver que lloraba, porque, pobrecita, tiene la desgracia de tener un hijo subnormal, y en su familia no hay antecedentes, y que a mí no quería tenerme por si acaso también tenía el mal (¡ella dice «el mal»!), y que por eso le debo dos veces la vida. Total: que llegó pronto *un* solo día.

Mi madre de hecho no trabaja; tiene dos fincas de pisos en la ciudad y una masía cerca de Torelló, y va de señorona rica. Es muy guapa y tiene un tipo de artista. Pero a base de cuidarse obsesivamente todo el día. Quiero decir que no necesita trabajar, pero va cada día al centro de belleza y ejerce un poco de monitora y da cursos de limpieza de cutis o algo parecido. Mi cutis, que es verdense (y la cara larguirucha), tiene completamente prohibido

tocarlo, y las manos, con las uñas comidas, si un día se atreve ni tan siquiera a mirármelas (con sus ojos de vigía), me las pinto de mercromina. Según creo, en el centro de belleza no le pagan nada, sino que paga ella. Por la mañana, pasan de las diez y aún no se ha marchado, en cambio por la tarde siempre se retrasa. Yo no sé muy bien qué hacen, pero se ve que se enfrascan en cosas sobre la energía cósmica que no se atreve a explicarme porque le tomo el pelo. Dice que papá y yo somos unos bobalicones que no vemos ni tan siquiera las cosas más evidentes. Lo cierto es que todo el mundo la quiere y tiene un montón de amigas. Y de amigos: le encanta flirtear con los tíos, incluso delante de papá, y tiene éxito con todo el mundo. Sabe mucho de cocina, aunque ella solo guisa en las grandes ocasiones (y entonces prepara auténticas obras maestras), y conoce un montón de vinos, y de muchos países, porque cuando era niña viajaba mucho: mi abuelo era diplomático. En casa hay muchas fotos con mi abuelo vestido de gala, como si estuviese a punto de cantar ópera. Además, habla idiomas. Inglés sobre todo, y francés e italiano; en alemán se defiende, y sabe un poco de japonés. Es lo que todo el mundo dice: encantadora; pero como madre es un desastre. Incluso ella lo reconoce

(una humildad a la que le saca provecho; una vez confesado que es un desastre ya queda explicado que pase de nosotros): la maternidad no es ningún instinto natural, dice; yo, por ejemplo, soy muy femenina y eso de la maternidad me deja fría. Jesús, ¡lo dijo delante de Pol! Porque que lo diga delante de mí, no cuenta. ¡Ostras!, ¡estoy cogiendo complejo de Cenicienta!

He intentado también hablar con Esperanza, a ver si se puede quedar un poco para hacerle compañía a Pol, pero me dijo que ella también tiene obligaciones en casa. Y un rábano: es viuda y lo que quiere es repantigarse a ver la tele, pero si te dicen una mentira mirándote a los ojos, y te cuadruplican la edad, no puedes hacer nada de nada.

A ver, que quede claro: yo quiero mucho a Pol. De hecho, soy la persona más importante de su vida, después de Esteban Soler, su monitor en el taller, que ese es Dios en persona, que no tuvo bastante con lo de la cruz y quiere repetir. Ahora bien: tengo mi propia vida. Estoy dispuesta a ayudar en casa, a ayudar *muchísimo*. Pero que todo el mundo descanse en mí me da mucha rabia.

Papá dice que él es antiguo. Ser antiguo quiere decir pasar de todo y mirar hacia otro lado cuando hay problemas, hacerse la víctima cuando no nos

comportamos, echarnos la bronca y explicarnos que gastamos como unos derrochadores, sobre todo yo (como mamá tiene dinero propio, en cuestión de pasta no se atreve nunca a meterse con ella). Eso es ser antiguo. Quiere decir también ser muy masculino y estar muy por encima de las tonterías domésticas. Pol y yo somos las peores tonterías domésticas, puesto que gastamos dinero como posesos y no le dejamos ni respirar. Papá es militar, con graduación de coronel, pero no tiene ninguna obligación concreta (al menos que haya llegado a mis oídos), que no sea fanfarronear en la sala de banderas, echar un vistazo a la revista militar que editan, y criticar al general Laporta, que, entre los muchos defectos que tiene, el más grave es haber nacido en Figueras, lo que quiere decir que es de lo más catalán; ser catalán y militar al mismo tiempo se ve que no puede ser, que lo prohíbe el reglamento. Según parece, sólo las funestas influencias del general Laporta son la causa de que no lo asciendan, y un día de estos, por culpa de aquel desalmado, le darán la patada en el culo y lo retirarán. Los militares dicen mucho la palabra «culo», porque cuando vienen amigos a casa también están siempre dando puntapiés en el culo de alguien, o haciendo que alguien se meta algo



en el culo, o incluso hacen una «o» pequeña con los dedos y dicen que alguien tiene el culo así de pequeño. Cuando yo no estoy delante, también hablan mucho de testículos, que nombran de muy diversas maneras y siempre entre risas, como si aún no se hubieran acostumbrado a tenerlos entre las piernas. Jesús.

En casa intenta hablar en castellano, pero con mamá no puede, porque ella dice que su papá –mi abuelo– era de los escoltas de montaña, y muy de Montserrat, de toda la vida, y que el castellano es propio de criadas y de guardia civiles. Como máximo, de clase media, y como papá se ve que se mortifica mucho por ser hijo de un panadero de Sant Andreu, pues calla y cede. Su hermana es la tía Lola, casada con el tío Pablo, y viven en Albaida; mi tío es un señor muy serio que padece del hígado y es concesionario de la Ford, y mi tía es ama de casa. No tienen hijos y son la única familia paterna que tenemos. En cambio, por parte de mamá tenemos una cantidad tan infernal de tíos, primos y demás parentela que yo les digo a todos «hola» y ya van servidos. Menos mal que no vienen nunca porque papá no los aguanta, pero una vez al año celebran la comida de la familia Rabós y tenemos que ir todos, incluso Pol, si no

queremos que mamá nos mate, dirigiendo contra nosotros la energía cósmica que ella tan bien sabe controlar.

Pol tiene veintinueve años y tiene el síndrome de Down. Es como una criatura pequeña pero con un corpachón enorme. Está demasiado gordo, pero obligarle a hacer régimen es un trabajazo tan grande que incluso yo flaqueo. Mamá se queja a menudo y dice que todo el mundo comenta que los del síndrome de Down son tan dulces, pero que a ella le ha tocado la excepción, y entonces suspira. Y no es que no sea dulce, pero también es impertinente y se coge berrinches y es tozudo. Y es muy, muy pesado. Porque todo el mundo, tenga la inteligencia que tenga, tiene virtudes y defectos. Y Pol tiene sus defectos. Pero no se merece que digan que no es dulce y pacífico. Lo que pasa es que actúa como un niño pequeño con un corpachón de hombre.

El gran secreto que yo no debo saber de ninguna de las maneras es la vida sexual de mi hermano. Y sin embargo lo sé muy bien, por varias razones, la más importante es que, quiera o no quiera, Pol me lo cuenta, a veces con demasiados detalles y

todo, y tengo que taparme los oídos y empezar a cantar para no oír más intimidades. ¡Que tengo doce años, ostras! Papá, y aquí se acaban sus obligaciones paternas, se lo lleva una vez al mes a un local especializado en esas cosas. Quiero decir que hay unas mujeres que cobran por hacer el amor con él o con quien sea.

Pero es que además, nuestros padres hablan a veces de eso, insistiendo en que qué suerte que no sea chica, porque ya me dirás qué haríamos.

Bueno, pues Esperanza tiene la gripe y no vendrá en toda la semana, y a pesar de mis protestas, mamá se muestra inflexible: «Irás tú a buscarlo, que tu padre y yo estamos trabajando. Ya te daré un papel para la escuela (¡Jesús!). Y no repliques, que si no despido a Esperanza. Que nos cuesta una fortuna, no sé si lo sabes». Vaya, qué suerte tengo, que me paguen a la Esperanza de las narices. No es que esté enamorada de la escuela, pero si faltó tanto, me toca ir detrás de las amigas para que me dejen los apuntes. Y me puedo perder la oportunidad de participar en la función, y eso sí que no.

Lo malo es que no se lo puedo hacer pagar a Pol, porque se pone triste.

—Yo no quisiera perderme, Mertedes. Pero me pierdo. No sé por qué, pero me pierdo, ¿sabes? Miro y veo una tienda, por ejemplo, de pijamas; pues cuando quiero volver, la tienda de pijamas ha desaparecido. Siempre pasa lo mismo.

Y es que no sabe volver a casa desde el taller. Se lo he enseñado mil veces, señalándole cosas fáciles de recordar (por cierto, hasta el taller no hay ninguna tienda de pijamas. De hecho, creo que no existen las tiendas de pijamas), pero se equivoca y después del quiosco puede girar a la izquierda y continuar media hora. Se ha perdido muchas veces. Entonces llama por teléfono (el móvil lo tiene prohibido si no es para una emergencia), y hay que ir a rescatarlo. Cuando llama, no es fácil adivinar dónde está. Así que tengo que salir como máximo a las cuatro y cuarto, para recogerlo y volver juntos a casa. Él está encantado, aunque quiere mucho a Esperanza. Esperanza es bajita, gorda y con el cabello rizado teñido de rubio, es espabilada y zalamera, y se entiende de maravilla con Pol. Sabe cómo hablarle. Y lo hace con naturalidad y eso a él le gusta.

—Ella me habla como a uno más —dice siempre y sacude la cabeza con admiración.

–Estás enfadada por venir a buscarme cada día, ¿a que sí?

–No, hombre, no digas burradas.

–Sí, Mertedes está enfadada. Y no quiere venir a recogerme, pero mamá ha dicho que venga y no le queda más remedio.

–Calla, Pol, que, si no, me enfadaré de verdad.

–¿Me pondrás pan con mantequilla, como Esperanza?

–¡No te conviene la mantequilla, hombre!

–Yo quiero merendar pan con mantequilla. Pero que sea pan reciente, si no, me lo tuestas.

–Pues mira, te lo preparas tú, que bien que sabes.

–Papá dice que no debo coger cuchillos.

–Tonterías. Pues, si no, untas la mantequilla con una cuchara.

–No, con una cuchara no se puede untar la mantequilla, pareces tonta. ¿Sabes qué me ha dicho Esteban? Que ya monto los marcos mejor que nadie de mi sesión.

–Sección.

–Sí, sesión. Y que si quiero, me puedo quedar uno para casa. Como un regalo.

–Mira que bien. ¿Y qué pondrás?

–¿Dónde?

–En el marco.

–No se pone nada. Tiene un cristal encima, que no tiene que bailar nada, si no, no pasa el control.

–Se pone una foto. ¿Por qué no pones una foto mía?

–No, si pones una foto se estropea el marco. ¿Quieres que te lleve a caballito?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque ya no soy una niña pequeña.

–Sí que lo eres: solo tienes doce años. El año pasado decías siempre: «¡Que solo tengo once años!». Y cuando tengas mil, dirás: «¡Que solo tengo mil años!».

–Sí, en los periódicos lo diré. Y en la tele. Me harán muchas fotos, cuando tenga mil años.

–Pero no las puedes poner en el marco, si no, se estropea.

–Debe de ser un marco estupendo.

En casa le preparo la merienda: una rebanada enorme de pan de pueblo con una buena cantidad de mantequilla y él bramando que le pongo poca y que Esperanza no es tan tacaña como yo, y después (mira, yo lo siento, pero si el televisor no se inventó para eso, más vale que lo «desinventen») lo enchufo delante del televisor y le busco un programa de

deportes, porque le gusta muchísimo ver las carreras de motos. Lo que más le gusta es cuando toman las curvas y tocan con la rodilla en tierra. Grita y todo de emoción. Pero como no hay carreras de motos, se tiene que conformar con una de coches.

–Un coche es mejor que una moto –le digo.

–No. Esteban tiene moto. Y es Esteban.

–Pero vale más un coche: es más caro.

–No. La moto de Esteban es carísima. La más cara de todas.

–¿No tiene coche?

–No le gustan los coches. Son demasiado baratos.

–Papá tiene coche, y mamá tiene coche.

–Bueno, pero ellos son diferentes, porque son viejos y no saben subirse encima de una moto.

Me voy a la habitación a ver si me deja un ratito. Hoy ha venido Celeste, que es nuestra tutora, con un tipo de no sé qué centro y nos ha dicho que no prepararemos una obra de teatro sino tres. Porque a partir de ahora somos trilingües y tenemos que montar una en cada lengua. En inglés quizá representemos *An inspector calls*, de Priestley, que es la que estoy ensayando y que encuentro magnífica (sobre todo si eres tío y te dan el papel de inspector); en castellano *Don Gil de las calzas verdes*,

que es teatro clásico (¡puaj!), de Tirso de Molina (¡en verso!); y en catalán *Una teoria sobre això*, de Pasqual Alapont, que dicen que está muy bien; solo salen cinco personajes. Eso me ha encantado, porque en lugar de una tengo tres opciones. Mamá me enseñó inglés cuando era pequeña. Cuando quiere hacer enfadar a papá, que no pilla ni una en ninguna lengua internacional, habla en inglés; es por hacerlo rabiar, porque en italiano o en francés pescaría algo, pero en inglés, si no sabes, no *pispas* ni una. Y así lo fui cogiendo, porque cuando somos pequeños somos muy listos. De mayores, pues unos sí y otros no. Yo creo que un papel en alguna de las tres obras seguro que me dan. Aunque me parece que me caerá la de inglés.

*La señorita Julia*, de Strindberg, es la obra que más me gusta de todas, más incluso que *Las tres hermanas*, de Chejov, que me hizo llorar días enteros. Mi sueño secreto, que no sabe ni siquiera Paula, es representar un día el papel de Julia. Mamá se huele algo, y dice que si acabo teatrera, se tira al tren. Pero mi madre no se tirará nunca al tren, ni aunque me fuese en ello la vida.

He conseguido las tres obras en la biblioteca y pienso leerlas a fondo. Pero, no podía fallar, cuando me pongo a ello llaman a la puerta.



–Mertedes.

–Qué.

–Tengo pipí.

–Sí, hombre, y yo te acompañaré, ¿no? Hala, vete y mea y no me fastidies (prohibido: no le mostréis nunca agresividad).

–Es que hay una araña.

–¿Dónde?

–En el baño.

–No hay ninguna araña. Las arañas se crían en el campo. En Barcelona no hay. Hay polución y carteristas, pero arañas, no.

–En el baño hay una. Debe de haberse perdido.

Jesús. Voy al baño de un salto. Y en la bañera me encuentro una tijereta. Le explico a Pol que las tijeretas son inofensivas y que desde la bañera no pueden atacarlo.

El televisor se ha quedado en marcha. Y él ha dejado un montón de migajas aceitosas sobre la alfombra. Y un círculo del vaso de leche sobre la mesita. Lo limpio mientras está en el lavabo y entonces, oh maravilla, aparece mi madre.

–¿Qué haces tan pronto en casa?

–He venido a ayudarte, tonta.

Jesús. Mi madre ha venido temprano para ayudarme *ella a mí* con Pol. ¿A que tengo suerte? Ten-

go tanta suerte que no me la merezco. Y al cabo de cinco cochinos minutos, oigo la voz elegante de mi madre:

–Mercedes, reina, venga, ven, que jugaremos a cartas los tres. ¿No te hace ilusión? Hace mil años que no hacemos nada juntos.